

the plain intact, not even slightly dusty. So, with utmost determination, I covered the bearded portion of his face with my hands; he, in turn, placed his hands over my eyes. Our velocity was increasing by the second, as is required in these cases of bodies falling through space. Suddenly, I looked through the slight spaces between his fingers and saw a sharp rock raze the top of his head. Suddenly I had to turn my own head to confirm that my legs had been separated from my torso by a rock, possibly of calcereous origin, whose serrated edge severed anything that came against it with the perfection of a saw used in the construction of ocean liners. With some effort, it is only fair to admit, we were saving my companion, his beautiful beard, and me, my eyes. It is true that now and then — every fifty feet or so, as I calculate it — a part of our bodies would be separated from us. For example, during five such intervals, we lost my companion, his left ear, his right elbow, a leg (I don't remember which), his testicles, and his nose; I, the upper part of the thorax, my spinal cord, my left eyebrow, my left ear, and my jugular vein. But this is nothing compared to what followed. A thousand feet above the plain, all we had left respectively was the following: my companion, his two hands (only to the carpal bones) and his beautiful gray beard; I, my two hands (also only to the carpal bones) and my eyes. A slight fear began to possess us. What if our hands were torn away by another boulder? We kept falling. Approximately ten feet above the plain, a pole left out by a worker capriciously caught the hands of my companion. Seeing my own orphaned eyes left totally unprotected, I must confess with eternal, unforgettable shame, I withdrew my hands from his beautiful gray beard to protect my eyes from any impact. I was unable to cover them, for my hands were immediately caught in the same fashion by another pole pointing in a different direction from the aforementioned pole, at which point we were separated from each other for the first time during the entire descent. But I couldn't complain; my eyes landed safe and sound on the grassy plain and could see a little ways off, the beautiful gray beard of my companion, shining in all its glory.

from Cold Tales

la caída (1944)

Habíamos escalado ya la montaña de tres mil pies de altura. No para enterrar en su cima la botella ni tampoco para plantar la bandera de los alpinistas denodados. Pasados unos minutos comenzamos el descenso. Como es costumbre en estos casos, mi compañero me seguía atado a la misma cuerda que rodeaba mi cintura. Yo había contado exactamente treinta metros de descenso cuando mi compañero, pegando con su zapato armado de púas metálicas un rebote a una piedra, perdió el equilibrio y, dando una voltereta, vino a quedar situado delante de mí. De modo que la cuerda enredada entre mis dos piernas tiraba con bastante violencia obligándome, a fin de no rodar al abismo, a encorvar las espaldas. Él, a su vez, tomó impulso y movió su cuerpo en dirección al terreno que yo, a mi vez, dejaba a mis espaldas. Su resolución no era descabellada o absurda; antes bien, respondía a un profundo conocimiento de esas situaciones que todavía no están anotadas en los manuales. El ardor puesto en el movimiento fue causa de una ligera alteración; de pronto advertí que mi compañero pasaba como un bólico por entre mis dos piernas y que, acto seguido, el tirón dado por la cuerda amarrada como he dicho a su espalda, me volvía de espaldas a mi primitiva posición de descenso. Por su parte, él, obedeciendo sin duda a iguales leyes físicas que yo, una vez recorrida la distancia que la cuerda le permitía, fue vuelto de espaldas a la dirección seguida por su cuerpo, lo que, lógicamente, nos hizo encontrarnos frente a frente. No nos dijimos palabra, pero sabíamos que el despeñamiento sería inevitable. En efecto, pasado un tiempo indefinible, comenzamos a rodar. Como mi única preocupación era no perder los ojos, puse todo mi empeño en preservarlos de los terribles efectos de la caída. En cuanto a mi compañero, su única angustia era que su hermosa barba, de un gris admirable de vitral gótico, no llegase

a la llanura ni siquiera ligeramente empolvada. Entonces yo puse todo mi empeño en cubrir con mis manos aquella parte de su cara cubierta por su barba; y él, a su vez, aplicó las suyas a mis ojos. La velocidad crecía por momentos, como es obligado en estos casos de los cuerpos que caen en el vacío. De pronto miré a través del ligerísimo intersticio que dejaban los dedos de mi compañero y advertí que en ese momento un afilado picacho le llevaba la cabeza, pero de pronto hube de volver la mía para comprobar que mis piernas quedaban separadas de mi tronco a causa de una roca, de origen posiblemente calcáreo, cuya forma dentada cercenaba lo que se ponía a su alcance con la misma perfección de una sierra para planchas de transatlánticos. Con algún esfuerzo, justo es reconocerlo, íbamos salvando, mi compañero su hermosa barba, y yo, mis ojos. Es verdad que a trechos, que yo liberalmente calculo de unos cincuenta pies, una parte de nuestro cuerpo se separaba de nosotros; por ejemplo, en cinco trechos perdimos: mi compañero, la oreja izquierda, el codo derecho, una pierna (no recuerdo cuál), los testículos y la nariz; yo, por mi parte, la parte superior del tórax, la columna vertebral, la ceja izquierda, la oreja izquierda y la yugular. Pero no es nada en comparación con lo que vino después. Calculo que a mil pies de la llanura, ya solo nos quedaba, respectivamente, lo que sigue: a mi compañero, las dos manos (pero solo hasta su carpo) y su hermosa barba gris; a mí, las dos manos (igualmente solo hasta su carpo) y los ojos. Una ligera angustia comenzó a poseernos. ¿Y si nuestras manos eran arrancadas por algún pedrusco? Seguimos descendiendo. Aproximadamente a unos diez pies de la llanura la pértiga abandonada de un labrador enganchó graciosamente las manos de mi compañero, pero yo, viendo a mis ojos huérfanos de todo amparo, debo confesar que para eterna, memorable vergüenza mía, retiré mis manos de su hermosa barba gris a fin de protegerlos de todo impacto.

No pude cubrirlos, pues otra pértiga colocada en sentido contrario a la ya mencionada, enganchó igualmente mis dos manos, razón por la cual quedamos por primera vez alejados uno del otro en todo el descenso. Pero no pude hacer lamentaciones, pues ya

mis ojos llegaban sanos y salvos al césped de la llanura y podían ver, un poco más allá, la hermosa barba gris de mi compañero que resplandecía en toda su gloria.”

